

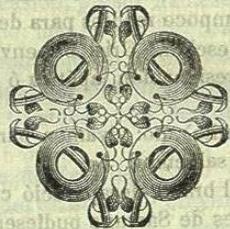
—Pues si vuelven á levantarse, volved á avisarme, que ni yo ni mis soldados somos corchetes para asistir á justicias; y nos volvemos á donde estábamos.

—No os volvais, señor D. Luis (interrumpió Fr. Diego que á la plática se hallaba presente), sin interceder antes por los infelices que están en capilla.... Su sangre inútilmente derramada....

—Padre provincial (se apresuró á responder Velasco), yo respeto la sentencia de los tribunales, y nada puedo en este caso: rogad á Dios, y creedme, que tenga piedad de las almas de esos desdichados caballeros, pues por lo que á sus vidas toca, aquellos que la disipada sombra de alzamiento promovieron, quizá con la esperanza de salvarlos, paréceme que han precipitado su destruccion.

Con cuyas palabras por término de la conversacion, volvió el caballo, y mandando contramarchar á sus tropas, regresó al punto de donde minutos antes habia salido.

—“Es una culebra (esclamó el alguacil regresando á la plaza): “cuando mas asido imagina uno que le tiene, entonces precisamente “se le escurre de entre los dedos!”



CAPITULO XV

QUE CONTIENE NOTICIAS TAN VARIAS QUE NO CABEN EN LA CIFRA DE UN EPÍGRAFE.

En México no habia puerta, tienda ni ventana que herméticamente no se hubiesen cerrado; nadie, absolutamente nadie transitaba por las calles, custodiadas todas, cuál por mayor, cual por menor número de hombres armados; y el silencio sombrío de la tropa misma era clarísima demostracion del estado de esclavitud y terror á que la ciudad se miraba reducida.

Oculto en los mares de Occidente el astro del dia, nebuloso el celaje, cargada la atmósfera, abrasado el casi imperceptible ambiente, y apenas disipados los acres miasmas de la pólvora, dijérase que la naturaleza se vestia de luto, y que los céfiros aterrados negaban su refrigerante aliento á un pueblo donde iba á consumarse horrible jurídico atentado; porque iba, en efecto, á consumarse el asesinato de los Avilas antes del tiempo que la ley, la costumbre y la sentencia misma señalaban, acelerándose la ejecucion á pretesto del motin ya vencido y para siempre deshecho. Achaque antiguo es en los gobiernos de partido abusar sin misericordia de sus triunfos, y en vez de restañar con mano paternal la sangre que corre de las heridas de pueblo, complácense, por el contrario, en dilatar las llagas y estrujar

las venas hasta que dejan el cuerpo social con tan escasa vida que, como dice el Píndaro español, no se atreve ni á esquivar

“La mano asoladora

De la furia execrable, que inclemente

Su seno oprime, su beldad desdora!”

Con razon lo dijo D. Luis de Velasco: el alzamiento abortado sirvió solo para precipitar la catástrofe, acreciendo el odio y abultando el riesgo en los empedernidos corazones de los doctores; y lo que fué peor, dándoles aparentes motivos políticos para satisfacer desde luego la rencorosa sed de sangre que abrasaba sus pechos.

Pero, sin advertirlo, hemos nosotros infringido una de las reglas fundamentales y mas obvias del género de literatura á que este libro pertenece, anticipando al lector la noticia del trágico suceso en que estriba principalmente el interes de la novela.... ¡Cómo ha de ser! Hicimoslo ya, y la cosa no tiene otro remedio que el de contar con que quien tuvo paciencia para leer cerca de cinco mal hilados volúmenes, no ha de ser tan severo al fin de su camino que se niegue á pasar la vista por el reducido número de páginas que para concluir le restan. Hagamos, pues, cuenta que nada dijimos, y volviendo al órden lógico, reframamos por el suyo los sucesos.

Fr. Diego de Olarte, aunque desesperanzado del todo, no queriendo omitir paso en obsequio de sus proscritos amigos, siguió á Juan de Sámano en su vuelta á la plaza despues de disipado el alzamiento; y no sin dificultades pudo conseguir que los doctores escuchasen algunos minutos sus fervientes súplicas y cristianas amonestaciones, encaminadas todas á pedirles gracia para los sentenciados, y aconsejarles moderacion con los vencidos.

¡Tiempo perdido!—¡Cuándo escuchó el odio la voz de la templanza!—¡Cuándo el cobarde que vence fué jeneroso con el valiente que á sus piés sucumbe?

No solo se mantuvieron firmes los doctores en lo fallado, sino que en el acto y ante el venerable prelado mismo, ya fuese por escarmentarle, ya por aterrarle, resolvieron que la ejecucion de Gil Gonzalez y de su hermano D. Alonso se verificase al comenzar la noche, para la que ya faltaban cuando mas cuatro ó seis horas; pues como se comprende, los acontecimientos por nosotros referidos en pocas páginas, consumieron en México la mayor parte del triste dia en que se verificaron.

Ecsaltado el provincial, como no podia menos de suceder, con procedimiento de tal violencia, y abandonando el tono deprecatorio para usar el de sacerdote cristiano que en nombre del Altísimo, y pospuesto todo humano respeto á la santa mision que desempeña, alza tremenda su voz contra los poderosos de la tierra, lanzó sobre aque-

los implacables jueces el anatema de la reprobacion divina, amenazándoles á un tiempo con la responsabilidad en que con respecto al monarca español incurrian, y con la infinitamente mas grave, y tarde ó temprano siempre efectiva, que habia de ecsijrles en su dia el rey de los reyes.

A su vez fuera de tino los doctores oyéndose tratar como reos por un anciano indefenso, pobre, descalzo, y lo que era mas, hasta sospechoso para ellos de complicidad en la conjuracion, desatáronse contra el venerable prelado en invectivas, mandándole que saliese luego de su presencia, so pena de ser tratado como fautor de los culpables que en el patíbulo iban á espiar en breve su delito. Amenazar á un veterano de la conquista, amigo de Hernan Cortés, amante de sus hijos, maestro de los infelices cuya hora suprema se acercaba, y soldado ademas de Jesucristo en la democrática milicia franciscana, fué como clavar imprudente jinete la acerada espuela en los hijares de jeneroso corcel en las llanuras de la fértil Arabia nacido y criado. Mas no se presuma que la ecsaltacion del apóstol seráfico tuviese nada de iracunda: sereno cual conviene al verdadero ministro del altar, resuelto á no retroceder un solo paso en la senda de la virtud, capaz del martirio en gloria de la verdad, Fr. Diego de Olarte oponia su pura moral evanjélica á los interesados políticos raciocinios de los doctores, y la resignacion de un estóico á las amenazas de la fuerza brutal.

—“Me retiro (dijo al hacerlo), pero con vosotros quedan vuestras conciencias, como en el mundo quedará la memoria del atentado que va á consumarse, como con la sangre de los dos desdichados “hermanos se grabará en caracteres indelebles ante el tribunal del Altísimo la falta de misericordia, por no decir la injusticia de vuestros procedimientos.—Me retiro, sí; mas voy á los calabozos á ofrecer á vuestras víctimas la palma del martirio, á procurar que sobre sus cabezas descienda la bendicion del Crucificado al propio tiempo que el hacha de vuestros verdugos.

“Me retiro, jueces y gobernantes de Nueva España; pero el rey católico sabrá por este pobre fraile la verdad del caso horrible de la conjuracion de Méjico; y quizá algun dia, aun antes de que comparezcais ante aquel á quien nadie engaña, tengais que dar cuenta en la tierra de vuestros hoy inescorables fallos.

“Dios tenga compasion de vosotros, que á mí me la causais mayor que los pobres á quienes van á ajusticiar por vuestro mandato.”

Y volviéndoles la espalda salió de la sala capitular, dejando por algunos instantes aterrados á aquellos hombres, árbitros sin embargo entonces de la suerte de Méjico, y de las vidas de cuantos en los límites de su jurisdiccion residian. ¡Tanto puede la verdad, valerosamente dicha por el varon virtuoso!

Mas ¡ay! Los tiranos cuanto mas injustos, tanto mas obstinados se muestran siempre.

Pasado el estupor primero en brevísimo plazo, el espíritu de la rencorosa venganza, reanimando á los doctores, inspiró á su presidente la idea de una nueva tropelia que sin detencion puso por obra, diciendo:

—Manuel de Villegas, adelantaos á ese rebelde fraile y mandad que se le prohiba la entrada en la cárcel.... Tres religiosos tienen allí los reos, que es lo que basta y sobra para que mueran cristianamente.

—Pero, doctor (replicó Villegas, concibiendo apenas lo que oía), prohibirle al provincial....

—Obedezca y calle el alcalde. Si se conforma el fraile con la providencia, déjesele ir en paz á su convento, siguiéndole no obstante los pasos. Si se resiste, si alborota, llevadlo preso y ponedle guardas....

—¡A un religioso! ¡Al misionero mas amado de los indios!

—Decid á un parcial del marqués, al mas peligroso de los conjurados, tanto mas culpable cuanto por su carácter sacerdotal debiera mostrarse mas sumiso á la autoridad del César.

—Ved, señor presidente, que es cosa grave poner la mano en un religioso; las censuras de la Iglesia....

—Mas grave fué dar garrote á un obispo, y Ronquillo lo hizo en Simancas, y el emperador obtuvo su absolucion del Papa. Ejecutad lo que se os manda, Villegas, si no quereis que la real audiencia os haga ver que á todos alcanza su justicia.

Desbordado una vez el torrente, ya los ordinarios diques son inútiles para oponerse á su furia: los doctores triunfantes no podian por el momento hallar eficaz resistencia; y Villegas, aunque conociendo el horrible abuso de autoridad que por su ministerio se consumaba, tuvo que resignarse á servir de instrumento á la tiranía de los golillas.

Fr. Diego, en efecto, halló cerradas las puertas de la cárcel, y delante de ellas al alcalde ordinario, quien para evitar en lo posible un conflicto escandaloso, creyó oportuno declarar sin rodeos ni atenuaciones al provincial las órdenes que con respecto á su persona se le habian dado.

—Poco me importara, por lo que á mí toca (respondió afligido el religioso), ir al convento entre alabardas y arcabuces, ó con una soga al cuello, si tal es la voluntad de los que mandan: pero no daré lugar á que tal suceda, porque si un solo indio viera al prelado de sus misioneros preso y maltratado.... En fin, Villegas, que la voluntad de Dios se cumpla: el corazon me dice que estorbando ahora mi entrada en la cárcel, comete la audiencia un nuevo crimen: para ante el tribunal del Eterno emplazo á los doctores. Adios!

—Permitid, padre, que os acompañe á Santiago.

—Haced lo que gustáreis, si es mandato....

—Padre Fr. Diego, yo no soy sino instrumento.

—Manuel de Villegas, un dia serán rotos los instrumentos, como deshechos los autores de todo crimen.

Hasta el convento de Tlalotelco fueron juntos el provincial y el alcalde, sin pronunciar una sola palabra; y allí, entrando aquel en el santuario, dirigióse el último al gefe de la fuerza estacionada en el Mercado para mandarle que por entonces y hasta que oyese tocar á muerto las campanas, no permitiese entrar ni salir á nadie en el monasterio, colocando al efecto el número de centinelas necesario para rodear todo su perímetro.

En tanto Gil Gonzalez proseguia durmiendo con aparente profunda quietud, y su agonizante siempre orando á su lado: mientras que D. Alonso, indescriptiblemente desasosegado, en tanto que por el estrépito de los tiros de arcabuz y mosquete juzgó que en las calles de Méjico se combatía, y en su obsequio, sin duda, pues solo el interes de la conjuracion fuera capaz en tales circunstancias de producir un conflicto. Pero corrieron las horas, cesó el rumor de la batalla, y Fr. Diego no regresaba.... Nada bueno ocurría, por consiguiente.... Avila adivinó la verdad en conjunto, ya que sus pormenores ignorase.

Entonces pidió un religioso, que no se hizo esperar, pues ya sabemos que habia en la cárcel dos ademas del que á Gil Gonzalez acompañaba; reconcilióse con él, y á su vez se arrojó tambien sobre el lecho para dar treguas á la agitacion del espíritu, y recobrar un tanto las fuerzas corporales.

¡Y las damas!—A la verdad que hemos andado poco galantes tratando de otras cosas y personas antes que de ellas; pero en un dia de motin y ajusticiados bien pueden mirarse con alguna indulgencia las faltas de galantería; y por otra parte, el hecho es que teniendo poco de importante y menos de grato lo que aconteció en el caso, no nos ha parecido oportuno apresurarnos demasiado á referirlo.

Durante la batalla contra los amotinados, permanecieron las señoras en el zaguan de la casa del cabildo, sin que se les permitiera ni regresar al palacio de Hernan Cortés, ni subir al de la ciudad; rodeadas de hombres armados, y en la mas angustiosa espectacion que imaginarse puede. Quién lloraba, quién en voz alta dirigia al cielo fervorosas oraciones; esta perdía el conocimiento; aquella prorumpia en iracundos alharidos; pero las mas, heladas por el espanto, parecian desenterrados cadáveres. Cinco mujeres hubo, sin embargo, que se mostraron á la altura de las difíciles calamitosas circunstancias en que se encontraban: la marquesa del Valle y Elvira, que, si tuvieran armas, quizá las esgrimieran como amazonas; Mencía, á quien la esperanza de que el alzamiento salvara á su esposo galvanizó, por decirlo así; Leonor, la apasionada andaluza, á cuyo espíritu no se daba riesgo superior; y D^a Juana de Sosa, la consorte de D. Luis de Castilla, que era una de esas damas vaciadas en la turquesa de las Porcias,

y que parecen vulgares, hasta que una gran calamidad viene á revelar al mundo el esfuerzo que atesoran.

Juntas durante el largo tiempo del combate aquellas cinco privilegiadas criaturas, ya razonaban sobre el écsito probable de la batalla, ya acudian á consolar á las abatidas, ó á calmar á las furiosas: pensando en todo y en todas, menos en sí mismas, á un tiempo fueron ejemplo á sus compañeras y asombro de sus guardas; y cuando, en fin, sonó la hora en que visiblemente se conoció que el cielo retiraba su escudo á los caballeros, ellas tambien, comprendiendo que era pasada la sazón de oponerse á los decretos del destino, y llegado el instante de la resignacion, fueron las primeras á procurar que la enlutada comitiva se retirase sin escándalo.

Porque la primera atencion de Juan de Sámano al regresar victorioso á la plaza, fué mandar que la servidumbre de la marquesa fuese entre picas conducida á su palacio; y en seguida, abriendo las puertas de la casa capitular, *rogar* á las damas que se volvieran al punto de donde eran idas.

¿Qué habian de hacer las infelices?—Obedecer en silencio, ahogando los suspiros, reprimiendo el llanto, esforzando los corazones, y atravesar la plaza silenciosas, trémulas y apiñadas, como rebaño de inocentes corderas que brutal carnicero conduce al teatro de la matanza. Así entraron en la mansion que fué del conquistador de Méjico, la esposa de su hijo heredero, la hija de su infeliz primogénito, y las demas señoras enlazadas con los inmediatos descendientes de los que, á las órdenes de aquel grande hombre, incorporaron á la corona de Castilla los opulentos dominios de Moctezuma.

Así entraron, como en la cárcel, las reclusas; así entraron, como cautivos en el baño; y en pos de la última de ellas cerróse la puerta con melancólico estruendo; y despues volvieron á oirse los golpes del martillo que perfeccionaba el cadalso para los Avilas destinado.

Entre cinco y seis de la tarde los tambores y trompetas, hasta aquel momento silenciosos desde que se terminó el motin, rompieron de nuevo á tocar en diferentes puntos de la ciudad; replegáronse los batidores y centinelas á sus avanzadas; las avanzadas á sus puestos respectivos; los puestos á los destacamentos, y todos ellos, marcharon converjentes sobre la plaza mayor y cárcel de corte, en torno de las cuales se concentraron, por último, en masa las fuerzas de la audiencia, á escepcion de los cien hombres apostados en el mercado de Tlatelolco, y de alguna que otra patrulla destinada á recorrer la parte mas peligrosa del pueblo, y á mantener espeditas las comunicaciones con el ejército de la Especería. Este, á su vez, acudiendo á las armas, tomó posiciones cual si á batalla campal se preparase; y así en México, como en el campo, ardieron las mechas de arcabuces, mosquetes y artillería.

Si tales preparativos pudieran dejar duda de su objeto, disipáranla

pronto las campanas de la catedral ó iglesia mayor, á las cuales, aunque sin órden superior, correspondieron inmediatamente las del convento de Santiago, sonando unas y otras en lúgubres acentos el toque de agonía....

“*Horror!* (clamó Elvira); *Horror!* *¡Ya van á matarlos!*”

Un grito fúnebre, desgarrador; un grito de esos que es preciso haber tenido la desdicha de oír, para comprender toda la angustia que revelan, resonó en seguida bajo la bóveda del salon de aparato de la marquesa del Valle, pronunciado á un tiempo por todas las señoras allí congregadas.

Pero la esposa de Avila, que no podia rendirse ni al golpe mortal que de recibir acababa, teniendo en sus brazos desmayada á la infeliz Mencía, volvió á decir:

—“De rodillas, señoras, de rodillas, para implorar á la Madre de los aflijidos en favor de los dos nobles caballeros que van á ser vilmente asesinados.”

Y deponiendo el cuerpo casi inerte de su cuñada sobre los almohadones del estrado, dobló la digna nieta de Hernan Cortés las rodillas, cruzó las manos, levantó al cielo los bellísimos ojos, y con acento inspirado, comenzó ella misma á recitar la *Salve*, oracion verdaderamente celeste y propia para dirigirse á la dulce Madre del Salvador Divino.

Repetian anegadas en llanto las demas señoras, versículo por versículo, la devota plegaria, y al llegar al que dice:

“*Ea, pues, señora abogada nuestra: vuelve á nosotros esos tus ojos misericordiosos;*” tan tiernamente lo pronunciaron, con tan patética sentida espresion elevaron unísonas sus aflijidas voces, que, si es cierto como creemos, que el acento fervoroso del alma religiosa y contrita que humilde ruega, halla siempre un eco de piedad en la mansion de los bienaventurados, la Reina de los ángeles y de los mártires debió conmovirse en medio de su gloria, y convertir su dulcísima vista á las desoladas señoras. Pero la Providencia tenia en su inescrutable sabiduria previstos los sucesos, y fué todo como ser debia.

Al mismo tiempo que al palacio de Hernan Cortés, llevó el fúnebre tañer de las campanas el espanto al convento de Santiago, donde ya la comunidad en el coro, y en la iglesia dos solas personas, imploraban en oracion mental la misericordia de Dios para los míseros sentenciados. Pero resonaron las campanas, y como si el mundo se desquiciara, relijiosos y devotos pusieron súbito en pié; miráronse unos á otros; y hubo una voz que exclamó:

—“Dios piadoso! *¡La agonía!*.... *¡Han anticipado la hora del suplicio!*”

—“Si á los hombres puede sorprenderles la muerte (dijo grave Fr. Diego, que presidia el coro), la eterna sabiduria, todo lo tiene previs-
TOMO III.—26

to.—Oremos, hermanos, por los que van á comparecer ante el Juez Supremo.

—¡Orad en buen hora vosotros (volvió á decir en la iglesia la voz misma que primero habia hablado). Yo vuelo á impedir, si puedo, el mas horrendo asesinato que nunca consumaron tigres!

—¡Cielos! (esclamó á su vez horrorizado el provincial). ¡Qué acento es el que hiere mis oídos!

Y abandonando el coro, cual si vértigo irresistible se apoderase de su cabeza, corrió á la puerta de la iglesia que daba al claustro, y en ella detuvo al indio Cristóbal y al desconocido que durante el alzamiento le habia tan eficaz como valerosamente auxiliado.

Cristóbal, en efecto, y el desconocido eran las dos únicas personas estrañas á la comunidad que en el convento habia á la sazón; ambos se refugiaron á su iglesia antes de que Villegas diera la orden de bloquear el monasterio, y el incógnito fué quien hizo las esclamaciones que motivaron la rápida salida del coro de Fr. Diego de Olarte.

Envuelto en su capa el misterioso personaje, sin desplegar los labios ni una vez siquiera, y al parecer dominado á un tiempo por amargas reflexiones y gravísimos temores, habia seguido en su fuga al tlaxcelteca, quien, hábil como serpiente, y conocedor de la ciudad cual pocos, le condujo sano y salvo hasta la iglesia de Santiago. Seguros hasta cierto punto los proscritos en aquel sagrado asilo, natural era que comenzaran, como lo hicieron, por dar gracias á Dios de su salvacion poco menos que milagrosa; pero, despues de cumplida aquella santa y primera obligacion, deseaba Cristóbal conocer al que con incomparable denuedo le habia secundado en la malograda empresa. A todas sus preguntas respondió por señas el desconocido, negándose á decir su nombre y mucho mas á mostrarle el rostro; visto lo cual, hubo de resignarse el indio á dejar á su taciturno compañero que, apoyado en uno de los pilares de la iglesia y en su sombra envuelto, se entregara á sus particulares meditaciones; y él púsose á pensar en un fenómeno que le tenia lleno á un tiempo de inquietud y asombro.

D. Fernando de Valdestillas, cuya ida en hábito de fraile conocia Cristóbal, no se presentó, en efecto, durante el motin de su espresa orden provocado. ¡Por qué tal proceder, cuando menos, estraño en grado eminente! ¡Como Fr. Diego salió de la prision, no pudo salir el doncel! ¡Y si pudo, por qué no lo hizo! Suponer que la memoria ó el valor le faltaran al hijo del comunero en tan críticas circunstancias, era pensamiento que, ni como tentacion, podia ocurrírsele á la serpiente de Tlaxcala: algo, pues, de grave, de insólito, de terrible, habia acontecido para que así faltase el conspirador á sus cómplices é instrumentos, el caballero á sus amigos y soldados en la batalla. La dificultad insuperable consistia en adivinar qué cosa fuese ese algo.

Sobre poco mas ó menos análogas dudas atormentaban al provin-

cial con respecto al hijo de su amigo; pero como Fr. Diego en todo y por todo, y siempre y sinceramente se remitia á la voluntad de Dios, su ansiedad fué infinitamente menos congojosa que la del pobre indio, incapaz de altas filosofías, y acostumbrado á vivir solo para servir y amar al infeliz enamorado de Elvira.

En tal situacion moral sorprendió á las personas que por el momento nos ocupan el toque de agonía que anunciaba la próxima muerte de los Avilas, suceso previsto para la mañana siguiente, pero que con solo anticiparse algunas horas, burlaba los cálculos y esperanzas, quiméricas ó fundadas, del indio y del desconocido, tomando para todos un carácter tal de venganza y encono, que hacia difícilísima la resignacion aun para el santo religioso mismo.

—¡A dónde vais! ¡Quién sois!—Preguntó el provincial, en voz nerviosa y con el rostro demudado, al desconocido.

—“Voy, (respondió con un acento indefinible de desesperacion el “interpelado), voy á morir; quién soy se sabrá pronto. Dejadme pasar ó sobre vos caerá la sangre inocente que por mi tardanza puede “ser inicuamente derramada.”

—No saldreis, sin decirme vuestro nombre, ó mas bien sin oirlo de mis labios. Sois....

—Por piedad, silencio: á vos me descubriré; pero á vos solo.

Cristóbal que habia escuchado el rápido diálogo que escrito queda con una ansiedad; con una angustia de cuya causa no acertaba á darse cuenta á sí mismo, hubo no obstante de entrar de nuevo en la iglesia y dejar solos en el claustro al prelado y al desconocido.

Cinco minutos despues, llamado el indio, seguia á los dos personajes mismos hasta la puerta principal del convento, guardada, como las otras, por número bastante de picas y mosquetes para que fuesen imposibles tanto la salida como la entrada sin pasar por tan incómoda aduana.

—¡Atras! (clamó el primer centinela que vió al provincial y á sus acompañantes.)

—¡En nombre de Dios! (replicó el prelado): Paso franco á los que van....

—No malgaste las palabras, padre: aquí ni se entra ni se sale....

—Ved que se trata de la vida....

—Tambien se trata de la mia si no cumplo con mi obligacion. Atras y cierren la puerta, pésia mi vida.

—Si es preciso morir, sabré hacerlo....

—Atras ó hago fuego....

—Tira, que los arcabuces no me harán retroceder cuando Dios quiere que camine. Tira, que desnudo te presento el pecho.

Dominado el centinela por la grandeza de ánimo de aquel anciano que tan sin necesidad, en su concepto, se ofrecia á la muerte, y no

osando tampoco llevar las cosas al extremo contra un sacerdote, retiró el arcabuz y dijo:

—Aguarden, al menos, que llame al cabo; quizás él pueda dejarles salir.

Pero fué el cabo y mostróse tan inflexible como el centinela; y no anduvo mas blando el sarjento; y por último, el jefe de las tropas allí situadas declaró terminantemente á Fr. Diego que tenia orden expresa de mantener severamente incomunicado su convento, y que aun aquella plática era una infraccion á su consigna.

—Decidles la verdad (murmuró el incógnito al oido de Fr. Diego) y acabemos.

—Fuera eso perderos inútilmente (respondióle el prelado).

—Yo no puedo consentir que....

—¡Silencio, en nombre de Dios! Todavía nos queda un recurso, y si ese no alcanza, entonces....

—Entonces mi obligacion es morir....

—Vuestra obligacion y la de todos, entonces como ahora es resignarse á lo que ordene la Providencia. Seguidme al convento.

Poco mas de un cuarto de hora habia transcurrido desde esa escena, cuando súbitamente se abrieron las puertas de la iglesia de Santiago, dejando ver á los atónitos soldados que lo custodiaban, á la comunidad toda procesionalmente ordenada y con velas encendidas en las manos, precediendo la cruz con sus ciriales, y cerrando la marcha el provincial, que oficiaba, con otros dos sacerdotes que le asistian, los tres con ornamentos de luto como se usan para el oficio de difuntos. Ni á Cristóbal ni al desconocido se les distinguia de los relijiosos, porque ambos vistieron el hábito, y marchaban embebidos en las hileras de los hermanos legos.

Los acentos del órgano poblaban las naves del templo de melancólicas armonías, y á su compas entonaban los relijiosos en voz lúgubre uno de los salmos penitenciales, produciendo aquel conjunto de notas vibradoras y ecos profundos, un efecto tan triste y aterrador, que no hallamos palabras ni para indicarlo siquiera.

Mas para el capitan que mandaba las fuerzas en la plaza de Tlatelolco, aquella procesion, ademas de tristísima, circunstancia que le afectara poco, era un compromiso terrible, colocándole en la forzosa alternativa de oponerse á mano armada á su tránsito, ó de infringir abierta y declaradamente las órdenes poco hacia recibidas. Y no olvidemos la época: hoy apenas puede comprenderse cuán grave era en aquellos tiempos habérselas con la cruz y los ciriales, con las casullas y las capas de coro.

Sin embargo, la situacion de la ciudad era tal, que dejar paso franco á los frailes, si, como lo sospechaba el capitan, se proponian concitar el pueblo contra la audiencia para impedir la muerte de los Avilas, equivaliera á hacerse él poco menos que cómplice de la conjura-

cion; y verdaderamente peor dia para afiliarse á los descontentos que aquel en que dos de sus principales campeones perecian en el suplicio, no pudiera escojerse.

—Mas vale escomulgado que degollado—se dijo el calculador capitan, y tomando, en consecuencia de tan filosófico apotegma, una resolucion vigorosa, formó en ala los primeros hombres que halló á mano, marchó con ellos sobre la puerta de la iglesia, y ocupóla cual con una barrera erizada de pizas y partesanas. En seguida, entrando él mismo en el templo, descubierta la cabeza mas con la espada en la mano, pronunció en voz firme estas palabras:

—Padres, sentiria que se propusieran salir ahora á la plaza ó á las calles, porque mi obligacion, que cumpliré sin duda alguna, es impedirselo á toda costa. Dios me sea testigo de que procuro la paz y respeto á sus ministros: pero antes que todo es mi honra, y téngola empeñada en obedecer puntualmente las órdenes de mis superiores. La real audiencia prohíbe á todos la salida como la entrada en este monasterio.

En vano Fr. Diego, mas elocuente, mas enérgico que nunca, conjuró al tenaz soldado para que al menos á él solo le permitiese la salida; en vano con frases tan sentidas que ablandaran á una roca, le dijo que se trataba de la vida de un inocente, de evitar un crimen, de economizarles un remordimiento inestinguible á los doctores; en vano fueron ya súplicas, ya amenazas de anatema: el capitan encerrado en sus deberes, como el erizo en su nativa armadura, oia impávido cuanto decírsele queria, repitiendo siempre:

—Ni pongo rey, ni quito rey: pero sirvo á mi señor.

Mas de un relijioso tomó parte en el debate, en apoyo de su prelado: la comunidad entera tuvo momentos de casi completa sublevacion; pero el capitan, sin acalorarse, ni conmoverse, ni apartarse del tono y maneras del mas profundo respeto, decia:

—No puedo permitir que nadie entre ni salga en este convento.

Cristóbal, habituado á la servidumbre, por mas que en el fondo de su corazon se desesperase, callaba, ya por respeto al provincial, ya por hallarse aún ignorante de la verdadera causa que todo aquel escándalo promovia: pero el incógnito, bramando de ira y de dolor á un tiempo, estuvo cien veces á punto de romper el silencio y descubrir todo el secreto, como lo hiciera desde luego, si Fr. Diego, llamándole á su lado así que comenzó la lucha, no le enfrenara recordándole continuamente cierto juramento, cuya memoria y lazo eran solo bastante poderosos á contenerle dentro de los límites de la prudencia.

Y mientras á tal punto eran llegados los sucesos, en Tlatelolco, el tiempo siguiendo su curso ordinario, habia llevado en pos de sí la noche, y el reloj de la torre de la catedral sonaba las ocho de ella, cuan-

do las campanas trocaron el lúgubre toque de agonía en el funeral de muerte, oído el cual, dijo el capitán:

—Ya podeis salir, padres, cuando os plazca. Soldados, paso franco á los religiosos.

Pero los religiosos cayeron todos de rodillas, á escepcion del incógnito que, cual si un rayo le hiriese, desplomóse perdido el conocimiento, y de Cristóbal que acudiendo en su auxilio, descubrióle el rostro, y al verlo, lanzando un rujido de tigre rabioso, se lanzó fuera de la iglesia con la velocidad de una saeta.

En tanto el venerable provincial, aunque en lágrimas desecho, pronunciaba fervoroso estas palabras con que la iglesia recomienda á la clemencia del cielo las almas de los desdichados hijos de Eva, al verificarse su apartamiento del cuerpo; palabras por cierto, como de intento escritas para el infeliz D. Alonso de Avila.

—Suplicámoste Señor, que olvides las culpas de su juventud y los pecados de su ignorancia.



CAPITULO XVI.

CON EL CUAL SE DA FIN Á LA NOVELA DE LA CONJURACION DE MEXICO.

PARA enterar al lector de los pormenores de la catástrofe que no tratamos ya de tener oculta por mas tiempo, necesitamos retrogradar alguna hora con el relato, y trasladarnos primeramente á la cárcel, desde donde pasaremos á la plaza mayor de México y al cadalso frontero á la puerta de la casa de su ayuntamiento. A la verdad que sabida la muerte de nuestro D. Alonso, casi casi pudiéramos dispensarnos de este capítulo: pero hemos seguido hasta aquí al malaventurado mozo tan puntual y obstinadamente, así en sus extravíos como en sus caballerías, y en sus devaneos como en sus penas, que fuera ingratitud, sobre inconsecuencia, abandonarle él, siendo nuestro amigo íntimo, en el breve, mas tambien amarguísimo tránsito que media entre las angustias de un reo en capilla, y el último suspiro del decapitado.

Serian poco mas de la seis de la tarde, cuando fueron llamados á la portería de la cárcel los dos religiosos que asistian respectivamente á los hermanos Avilas; y una vez en ella, declaróles Juan de Sámamo lo resuelto por la audiencia, á saber: que la ejecucion habia de verificarse antes de las ocho de aquella misma noche, en atencion á lo ocurrido durante el dia, y con el fin de evitar nuevos escándalos y sediciones.—“Prevenid, pues, á esos infelices de que en breve van á “comparecer ante el tribunal de Dios: de vuestros labios les será menos amarga la fatal nueva que si de los míos la escucharán.” Com-